



Nacido el 8 de abril de 1605 en Valladolid, Felipe IV ocupa por muchas razones un lugar de excepción en la historia de España. Pero la imagen que tradicionalmente ha proyectado su figura está teñida de elementos negativos: uno de los llamados *Austrias menores* (por oposición a Carlos V y Felipe II), más dedicado a frívolos entretenimientos que a desempeñar su alta función de gobierno, habría sido incapaz de frenar la supuesta decadencia de la Monarquía Hispánica, o incluso habría contribuido decisivamente a ella.

Dar una visión más ajustada y veraz del cuarto Felipe es uno de los objetivos de este volumen, que tiene su origen en el ciclo de conferencias que para conmemorar el cuarto centenario de su nacimiento organizó la Real Academia de la Historia. Coordinados por JOSÉ ALCALÁ-ZAMORA Y QUEIPO DE LLANO, once prestigiosos historiadores analizan las diversas facetas del monarca y de su reinado: la política y la economía, la guerra y la diplomacia, las grandes empresas constructivas y decorativas, la pintura y el teatro, las aficiones y los afectos personales.

El retrato que se dibuja en este libro dista mucho de ese estereotipo tan difundido: Felipe IV fue un monarca sinceramente preocupado por los asuntos de gobierno, capaz de emitir opiniones inteligentes sobre materias políticas y económicas en sus *pareceres* a las consultas de sus Consejos; pese a la difícil situación internacional, logró defender lo más de sus dominios europeos, de España y de las Indias; y poseyó una formación humanística de primer orden que le permitió favorecer un extraordinario desarrollo de las artes y las letras. En suma, como afirma Alcalá-Zamora y Queipo de Llano en su presentación del volumen, «pese a los errores y fracasos de la política de su reinado, éste fue uno de los más decisivos y, tal vez, el momento mayor de nuestra historia cultural. Si no aplausos entusiastas, la figura de Felipe IV sí merece interés y respeto».



FELIPE IV

EL HOMBRE  
Y  
EL REINADO



# FELIPE IV

EL HOMBRE Y EL REINADO



REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA



CENTRO DE ESTUDIOS EUROPA HISPÁNICA



REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA  
CENTRO DE ESTUDIOS EUROPA HISPÁNICA



DIEGO VELÁZQUEZ, *Felipe IV*. 1655-1660. Óleo sobre lienzo. Madrid, Museo Nacional del Prado.



GIROLAMO LUCENTI, *Felipe IV*. 1692. Bronze. Roma, Santa Maria Maggiore.



ANÓNIMO, *Felipe IV niño*. Óleo sobre lienzo. Madrid, Patrimonio Nacional.

CARLOS SECO SERRANO

## El Rey Católico

ES FRECUENTE, EN LOS MANUALES DE HISTORIA, ESTABLECER UNA DISTINCIÓN ENTRE UN SIGLO DE ORO identificado con dos grandes figuras, Carlos V y Felipe II, y la etapa de los llamados «Austrias menores». Se trata de un planteamiento poco justo. Porque, de una parte, el Siglo de Oro no puede –o no debe– confundirse simplemente con los episodios político-militares de tópico relumbrón –Pavía, San Quintín, Lepanto...–, por lo demás, contrarrestados con tropiezos como los Gelves, Argel, la Invenible..., sino con los grandes logros culturales, ya presentes sin duda en el siglo XVI, pero culminantes en el XVII: centuria ésta que se abre con la publicación del *Quijote* y se ilustra con la obra de Lope, de Quevedo, de Góngora, de Calderón, al paso que alcanza la cumbre de la creación artística con el esplendor de las escuelas de pintura madrileña y sevillana –Velázquez, Zurbarán, Murillo, Ribera, Claudio Coello... Y aún cabría añadir que, incluso en lo relativo a la historia política y militar, registra el último, pero espléndido, episodio de la brillante historia anterior –la victoria de Nordlingen, que cerraría, en 1634, la etapa sueca de la guerra de los Treinta Años–, y también el buen gobierno de Flandes, primero bajo los archiduques Alberto e Isabel, y finalmente con el de Fernando de Austria, el hermano de Felipe IV y vencedor de Nordlingen. Y en lo relativo al ámbito ultramarino, si el siglo XVI supuso la conquista y la creación de los grandes virreinos, el XVII aporta el asentamiento, la etapa fundamental de la organización administrativa, económica, cultural, religiosa, de las Indias.

Y es que, si bien es cierto que el declive político –la cesión del timón de Europa a la Francia de Mazarino y de Luis XIV– se produce, irreversible, en la segunda mitad de la centuria, así como el fin de la unión ibérica lograda por Felipe II, el Siglo de Oro, en su mensaje permanente, en su realidad siempre viva, la de las artes y las letras, tiene su culminación bajo el cetro del Rey cuyo centenario, muy justamente, quiere conmemorar nuestra Academia –con lo cual sigue la pauta del que fue su ilustre director, Cánovas del Castillo, que en sus *Estudios del reinado de Felipe IV* supo hacer justicia al monarca: el gran mecenas a cuya labor en este sentido debe nuestro país seguir siendo un foco de atracción permanente para todo el mundo culto, que en buena parte simboliza a España con su Museo del Prado, sede privilegiada de las colecciones reales, y entre ellas, de manera fundamental, las allegadas por Felipe IV, figura histórica tan vinculada a Velázquez que no se concibe a Velázquez sin Felipe IV, ni a Felipe IV sin Velázquez.

Pero yo no voy a ocuparme aquí ni de los grandes hitos –favorables y desfavorables– de la larga etapa política que cubre el reinado, ni, tampoco, de la memorable labor de Felipe IV como mecenas. Otros lo harán, con mejores títulos que yo, en este volumen. Sin olvidar esos aspectos de su reinado, me voy a limitar a un intento de penetrar en la semblanza íntima del monarca, en su imagen personal y psicológica. Es atendiendo a ella por lo que estimo a Felipe IV como prototipo del Rey, y más concretamente aún como prototipo de Rey Católico.

Ciertamente, una primera aproximación a Felipe IV entra por los ojos con su imagen física. Cuando alguien supuestamente al margen de toda noción histórica contempla los retratos del monarca –fundamentalmente los que le hizo su pintor por excelencia, Velázquez– tiene la convicción, aun desconociendo su entidad, de que el retratado sólo puede ser un rey. Así se nos presenta en las primeras semblanzas hechas por los diplomáticos destacados en la Corte madrileña, como el veneciano Mocenigo, que describía de este modo al joven que acababa de llegar al trono:

Es de bello aspecto, de mediana estatura, humano y llano en la recepción de las audiencias [...]; es su talante grave, de respuestas breves y siempre muy generales. El traje, generalmente modesto, mas se cuida también en las ocasiones en que se viste de gala. Disfruta extraordinariamente en las comedias que se hacen frecuentemente en palacio, e incluso va de incógnito a las estancias que llaman teatros, a escucharlas.

Es éste el Felipe IV que Villandrando retrata todavía adolescente, con brillantes galas, en los momentos de su acceso al trono, y que luego quedará definitivamente inmortalizado por Velázquez, ya en el temprano retrato que inspiró los versos de Manuel Machado, y que no me resisto a repetir aquí:

Nadie más cortesano ni pulido  
que nuestro rey Felipe, que Dios guarde,  
siempre de negro hasta los pies vestido.  
Es pálida su tez, como la tarde;  
cansado el oro de su pelo undoso  
y de los ojos el azul, cobarde.  
Sobre su augusto pecho generoso  
ni collares perturban, ni cadenas  
el negro terciopelo silencioso;  
y en vez de cetro real, sostiene apenas  
con desmayo galán, un guante de ante  
la blanca mano de azuladas venas.

Imagen gallarda, que culmina en el soberbio perfil ecuestre del monarca, recortado sobre los grises plata de la sierra madrileña, según el lienzo que Velázquez plasmó, cuando culminaba el momento «ascendente» del reinado, como expresión de una plenitud demasiado perfecta para ser duradera. Ciertamente el monarca español no necesitó nunca de grandes pelucas, de casacas de brocado y de altos tacones rojos –como Luis XIV– para hacer patente su condición de rey. Cuando las dos Cortes –la francesa y la española– coincidieron en la isla de los Faisanes, en 1660, ese contraste se decantaría, sin género de dudas, hacia la sobria majestad del monarca español frente a los alardes de recargada fastuosidad del llamado «Rey Sol».

Pero no se trata sólo de la imagen física. Contra lo que se ha vulgarizado en su conceptualización como un príncipe frívolo, desentendido de sus deberes, alérgico a los asuntos de Estado, entregado a privados y amantes, está la realidad que se desprende de los archivos documentales: un descubrimiento que sorprendió ante todo a Cánovas del Castillo. Cánovas, historiador en cuanto político –o político en cuanto historiador–, había escrito un libro, muy divulgado, sobre la historia de la decadencia española bajo los últimos Austrias, en que repetía la imagen convencional del monarca. Pero, precisamente en los días finales del reinado de Isabel II, don Antonio se había instalado en Simancas



DIEGO VELÁZQUEZ, *Felipe IV*. 1623-1628. Óleo sobre lienzo. Madrid, Museo Nacional del Prado.

para profundizar en la documentación relativa al periodo histórico por el que venía interesándose. Y tropezó entonces con la realidad –insospechada para él– de un Rey tan dedicado a los asuntos burocráticos propios de su oficio como su abuelo Felipe II; un Rey de extraordinaria cultura, elegante traductor de la *Historia de Italia* de Guicciardini, y que en el epílogo a esta obra había definido con precisión los deberes de un monarca, deberes a los que él mismo se atenía.

Sin duda, es preciso distinguir dos etapas muy diversas en el reinado de Felipe IV, dos etapas separadas por la fase crítica que corre de 1635 a 1640. En la primera de esas etapas, Felipe IV se deja llevar por –pero, diría yo más bien que se *identifica* con– las orientaciones de su célebre privado, el conde duque de Olivares. Esta fase, brillante por sus éxitos militares –de nuevo abierto el problema de Flandes, e iniciada la primera gran guerra europea, la guerra de los Treinta Años–, es también la de una Corte brillante, entregada a fiestas y placeres de todo género; la que ve surgir los graciosos pabellones del Buen Retiro centrando hermosos jardines, pabellones en que el espléndido Salón de Reinos se concibe como una especie de museo para conmemorar, con lienzos debidos a los grandes artistas del momento –Leonardo, Liaño, Pereda, para culminar en Velázquez y su *Rendición de Breda*–, los éxitos de las armas españolas: hasta que, después de 1635, cesen los triunfos a celebrar. Es la época en que la hermosa reina Isabel de Borbón juega el papel de una María Antonieta *avant la lettre*, pero con aficiones más inocentes e infantiles que los de la desgraciada esposa de Luis XVI. Es también la época del Felipe IV donjuanesco, el de la leyenda de San Plácido, proclive a aventuras galantes, aunque sin dejar de cultivar los refinados placeres intelectuales y su pasión por el arte.

Una época que entrará en definitiva crisis cuando, abierto el conflicto con Francia, plantee el Conde Duque el magno problema de la constitución interna de la Monarquía, con criterios radicalmente opuestos a los que habían dado pauta al prudente proceder de los Reyes Católicos. En 1640 sobrevendrán, junto al problema exterior –la ofensiva de una Francia liderada por el cardenal Richelieu–, el secesionismo en Portugal y en Cataluña, y a la larga –más bien a la corta– la caída del Conde Duque.

Se iniciará entonces la segunda etapa del reinado: la reconversión de Felipe IV hacia nuevos criterios políticos, mediante la inflexión moral en que la inspiradora va a ser la célebre sor María de Ágreda, convertida en consejera y, aun cabría decir, directora espiritual del Rey. Bien entendido que éste, en cuanto tal, esto es, en cuanto Rey consciente de sus deberes, no surge ahora. Cánovas advertía, con acierto, que el rey Felipe de la primera etapa se define en el epílogo de su excelente traducción del italiano Guicciardini, donde expone con acierto cuáles han de ser los cuidados de un rey tal como él los practica.

Sorprendentemente surge ante nuestros ojos, a lo largo de este texto, pero también de la documentación estudiada por Cánovas, la imagen de un monarca profundamente preocupado por sus deberes de gobierno, que no deja de leer un solo despacho de sus embajadores en el extranjero, y que hace abrir celosías en el Salón de Consejos para poder asistir a sus deliberaciones con la máxima discreción; afanoso de conocer los diversos idiomas que se hablan en sus estados, y de instruirse en la lectura meditada de la historia nacional y europea.

Fue, en realidad, Felipe IV –*concluía Cánovas, comentando este interesante texto*– muy aficionado, y ya se ha reconocido, a divertirse en la primera mitad de su reinado, cuando todo le sonreía a primera vista y no había sonado la suprema hora de los infortunios aún; pero nunca pensó en eso tan sólo, como la falsa historia ha contado. A los vencedores de Nordlinghen, y aun de Fuenterrabía, érales después de todo lícito sentir alegrías

y frecuentar todavía diversiones. Por lo demás, preciso será que los más incrédulos se convenzan también, si no quieren negar el testimonio patente de documentos innumerables, ya existentes en Simancas, ya detectados en París, de que ningún monarca moderno, ni casi ningún ministro parlamentario, ha intervenido tanto de su puño en los expedientes, consultas y negociaciones, como el calumniado Felipe IV.

En 1640, como es sabido, se produce la gran crisis de la Monarquía: crisis interior y exterior que se extenderá a todo el resto del reinado. Es, a raíz de ella, cuando Felipe IV, camino de sus estados de la Corona de Aragón, para reunir sus Cortes y ponerse al frente del ejército que ha de intentar la pacificación de Cataluña –algo que sólo se conseguirá diez años más tarde–, se detiene, el 10 de julio de 1643, en la villa soriana de Ágreda, justo en la frontera entre Castilla y el Reino aragonés, para entrevistarse con la monja cuya fama de teóloga y milagrera –sus supuestas bilocaciones y la redacción de la *Mística Ciudad de Dios*– ha llegado hasta él.

Del fracaso de su política, identificada hasta entonces con la del Conde Duque, y de la angustia mortal que le invadía al creerse culpable del enojo de Dios con su pueblo, haría don Felipe acongojada confesión a sor María en el coloquio de Ágreda; lo transparentan sus primeras cartas, que son todavía simple glosa de aquella entrevista:

Desde el día que estuve con vos –*escribe el Rey ya en Madrid, en el mes de octubre*–, quedé muy alentado por lo que me ofrecisteis rogaríais al Señor por mí y por los buenos sucesos de esta Monarquía, pues el afecto con que os reconocí entonces, a lo que me tocaba, me dio gran confianza y aliento [...] Yo, aunque suplico a Dios y a su Madre Santísima nos asistan y ayuden, fío muy poco de mí, porque es mucho lo que le he ofendido y ofendo, y justamente merezco los castigos y aflicciones que padezco; y así, acudo a vos, para que me cumpláis la palabra que me disteis de clamar a Dios para que guíe mis acciones y mis armas, de manera que consiga la quietud de estos reinos y una paz universal en la cristiandad [...] Sin duda, los aprietos son muchos y muy grandes, y tras esto os confieso que no es esto lo que más me aflige, sino tener por cierto nace de tener enojado a Nuestro Señor, y como Él sabe que deseo desenojarle y cumplir con mi obligación en todo, quisiera que si por algún camino llegáis a entender qué es su santa voluntad que yo haga para aplacarle, me lo escribáis aquí, porque yo ando con deseo de acertar y no sé en qué yerro [...] El mayor favor que podré recibir de su bendita mano es que el castigo que da a estos reinos me lo de a mí, pues soy yo quien lo merezco y ellos no, que siempre han sido y serán verdaderos y firmes católicos.

En adelante, las mismas ideas y sentimientos –humilde y resignada tristeza; desconfianza en sí mismo, junto a una gran fe en las inspiraciones de su consejera; espíritu de sacrificio por sus súbditos; de-



Sor María de Ágreda. Frontispicio de *Cartas de la Venerable Madre Sor María de Ágreda y del Señor Rey Don Felipe IV*, edición de Francisco Silvela (Madrid, 1885).

seo de cumplir, hasta el límite de sus fuerzas, con la voluntad de Dios— se repiten en casi todas las cartas de Felipe IV; las de sor María reflejan, por el contrario, una energía indomable puesta al servicio de su doble misión: fortalecer el ánimo, la voluntad y la conciencia del Rey; salvar, en él, la Monarquía. Coinciden, pues, aquí, estrechamente fundidos, un programa político y una dirección espiritual.

En líneas generales, el ideario político de sor María es de una gran simplicidad —excesiva simplicidad, diríamos. Su consejo se resume en la liquidación definitiva de los errores pasados —léase, privanza del Conde Duque—, huyendo de repetir la suerte, alejando de Madrid al destituido ministro y excluyendo de la Corte a quienes pueden suponer en ella un instrumento para que sigan vigentes las inspiraciones del Conde Duque —así, doña Inés de Zúñiga, esposa de aquél, que había quedado en Palacio al servicio de la Reina; así, don Enrique Felípez de Guzmán, el hijo natural del privado, que figuraba en la comitiva del monarca. «Se dijo entonces —escribe Marañón— que la ansiada expulsión de Olivares se debió a un Memorial que el Reino de Aragón entregó al Monarca, y también a que se descubrieron unas cartas del Conde Duque delatorias de una conspiración que dirigía para volver al Poder. Pura invención. Hoy sabemos que no hubo otra cosa que la orden de sor María».

En cualquier caso, las exhortaciones de la monja para que el monarca rompiese de una vez con cuanto había significado la dictadura —que así cabe calificarla— de don Gaspar de Guzmán, tuvieron un efecto fulminante, determinando el destierro de aquél y la separación de la Corte de su esposa y su hijo. «Espero que llegarán a vuestra noticia y de todos —escribía el Rey a la monja— nuevas que acrediten mi verdad y hagan ver al mundo que lo pasado acabó...»

Sor María quería llegar más lejos: quería que don Felipe prescindiese, radicalmente, de nuevos consejeros o ministros —aludía, sin duda, a don Luis de Haro— y tomase en sus manos sin auxilio alguno la inmensa carga del gobierno. La respuesta del Rey constituye la justificación de todo un sistema político, tradicional en los Austrias. Sus antecesores —Felipe II el Prudente entre ellos— se valieron siempre, según recordó a la monja, de ministros o criados en quienes hacían más su confianza, aunque las últimas disposiciones se las reservasen para sí. Es más, tal modo de gobierno —subrayaba don Felipe— «ha corrido en todas cuantas Monarquías, así antiguas como modernas, ha habido en todos los tiempos, pues en ninguna ha dejado de haber un ministro principal o criado confidente de quien se valen más sus dueños, porque ellos no pueden por sí solos obrar todo lo necesario»; «y supuesto que mientras estamos en esta vida nos hemos de servir de hombres, nos parece excusable el valernos de los que se tiene mayor satisfacción, mientras no se les coge en mala letra o se sabe que abusan de la merced que se les hace...»

Y, por lo demás, don Felipe no rehusaba llenar, hasta el límite de sus fuerzas, el papel de supremo árbitro en la complicada máquina de la Monarquía: habían quedado atrás los viejos tiempos de frivolidades y devaneos.

Yo, sor María —*escribía años después, en enero de 1657*— no rehusó trabajo alguno, pues, como todos pueden decir, estoy continuamente sentado en esta silla con los papeles y la pluma en la mano, viendo y pasando por ella todas cuantas consultas se me hacen en esta Corte y los despachos que vienen de fuera, resolviendo las más materias allí inmediatamente, procurando se ajuste el dictamen que tengo por más ajustado a la razón; otros negocios de mayor peso y que piden de más inspección para resolverlos, remito a diferentes ministros para, habiéndolos oído, resolver lo que tengo por más conveniente. En fin, las últimas resoluciones no pasan por otra censura, pues esto es lo que entiendo que a mi toca; y creedme, que los que más deslucen en estas materias y dan más ocasión para que se murmure si este o aquel tiene más mano de la que en realidad de verdad yo le doy, son generalmente los pretendientes y ambiciosos...



PEDRO DE VALPUESTA, *Felipe IV jura defender la Concepción Inmaculada*. Óleo sobre lienzo. Madrid, Museo Municipal.

grande testimonio de la  
fidelidad de v. M. es el q  
se abiene con mis cartas sien  
do de las mas diligentes de la  
tierra y el conocimiento  
tan y un tal que pudie  
ra desbarbar - Para es  
cribir las sino me aten  
tara el q en el Reino  
bebaignade v. M. como  
descubido a la oja da  
cada dia - Por de vos mas  
los encargados de v. M.  
y los considero para los  
timarome de ellos con  
afetuosa com. Dossion con  
lo qual asisto a v. M.  
de la fidelidad clamo a  
el todo Poderoso supli  
cando le se de la de  
esta monarquia

siempre  
seade estar maliciando  
del enemigo lo de cor -  
por q no no, a ller de un  
dador fortificando con un  
flaco - y de Dios seade el re  
tral como por gento de  
vigencias - hamos por ad  
alora Paruar la fege peran  
ca en la divina Providen  
cia - a la Regna de la oja  
clamo y la suplico nos  
an dare - e lo ofrecido  
celebrar por un ve  
festividad con la sole  
nidad possible de proze  
siones y misas y en algu  
mas se descombrera el mo  
sto Por esta causa ella  
nos an dare y prospera  
ad v. M. como de reo en ta  
comuncion de agre da junio  
25 de 1645. +

Sor Maria  
de Jesus

Termina  
Vine las cartas de 22 y  
15 de este que recibida de los  
dhas y alegarome con un  
omudo qd es v. M. me  
firme de alivio y consuelo  
en medio de los cuidados en q  
me halla y de los riesgos a  
q vos expones los Reynos  
de Dios por su infinita mis  
ericordia no me affite y  
nos defende, espero se le  
lovan de vos

quinof  
dijo la historia q voy leyen  
do, es proba tambien he  
si yo no lo de p. m. (p. m.) lo  
q me obivelo de espinas  
y a bien seguir y n. g. a. a. a.  
tambien p. m. a. m. p. m.  
y me ayude y tome por  
quinta la defensa de los Rey  
nos, pero por su intercesion  
espero salir bien de todo, le  
doy a goya a 22 de junio de 1645

yo el Rey

Cartas manuscritas de Felipe IV y sor María de Ágreda, de 22 y 26 de junio de 1645.



RODRIGO DE VILLANDRANO, *Felipe IV y el enano Soplillo*. 1620-1621. Óleo sobre lienzo. Madrid, Museo Nacional del Prado.



DIEGO VELÁZQUEZ, *Felipe IV*. 1627-1628. Óleo sobre lienzo. Sarasota, The John and Mable Ringling Museum of Art.

El lienzo desapareció en el incendio del Alcázar, así como los de sus rivales (de los que sólo conocemos un dibujo de Carducho), pero nos queda la descripción de Palomino:

En el medio de este cuadro está el señor rey Felipe III armado y con el bastón en la mano señalando a una tropa de hombres, mujeres y niños que llorosos, van conducidos por algunos soldados y a lo lejos unos carros y un pedazo de marina con algunas embarcaciones para transportarlas [...]. A la mano derecha del Rey está España, representada en una majestuosa matrona sentada al pie de un edificio, en la diestra mano tiene un escudo y unos dardos y en la siniestra unas espigas, armada a lo romano.

Como se ve por la descripción, Velázquez en este su primer encargo ambicioso, emplea un lenguaje alegórico al que renunciará en lo sucesivo. El lienzo estaba firmado en 1627 y en marzo de ese año Velázquez es promovido a Ujier de Cámara, «oficio muy honroso» –como comenta Palomino– y que lleva aparejada una mejoría de sus ingresos que Pacheco enumera con orgullo.

A ese tiempo responde por los años de 1627-1628 un hermoso retrato que se conserva en el Ringling Museum de Sarasota (Florida) y que procede de las colecciones de los Príncipes de Orange. El

Velázquez ya tenía, al menos en 1626, un obrador capaz de recibir aprendices y oficiales valiosos para realizar las copias que le reclamaban. En dicho año recibe por aprendiz a un mozo de 21 años, Andrés de Brizuela, de quien nada se sabe.

Se había extendido por Madrid su fama de retratista, sostenida no sólo por los retratos reales sino por la serie de retratos de la nobleza. Pero como dijo Jusepe Martínez, el pintor y escritor aragonés a quién debemos semblanzas vivísimas de artistas de su tiempo, «unos censuradores [...] se atrevieron a decir que no sabía hacer sino una cabeza (disparate como de envidiosos). Llegó a oídos de su Majestad, que siempre favoreció a los hombres virtuosos y con singularidad a éste, y volvió por su opinión».

Martínez continúa diciendo que el Rey ordenó que se hiciese un concurso entre los pintores de cámara, que eran Carducho, Cajés, Nardi y el propio Velázquez, con el tema obligado de la expulsión de los moriscos. El jurado nombrado por S.M., compuesto precisamente por Maíno y Crescenci, los más «modernos» y al tanto de cuanto entonces se hacía en Italia, dieron el triunfo a Velázquez, ciertamente el más valioso y más vivo entre sus contrincantes, representantes de una tradición ya envejecida.

Rey, con rostro juvenil pero más maduro que en los que hemos visto hasta ahora, con el bigote más acusado, va vestido con traje de campaña: jubón de ante de tono amarillento, con mangas de seda tornasoladas con filetes de oro y plata, guantes de gamuza con amplias manoplas, calzón amplio de seda salpicado de oros y altas botas de montar con espuelas doradas. En la mano derecha, la bengala de general y la izquierda apoyada en el puño de la espada, dorada también. Una rica banda de seda roja le cruza el pecho y cae, ondeando por detrás, exhibiendo sus flecos dorados. La posición de las piernas, adelantada la derecha y la izquierda retrasada, con un pie perpendicular al otro, hace la silueta ahilada y elegante. Sobre el bufete, cubierto de terciopelo rojo con galones dorados, reposa un gran sombrero rico también de alas anchas y adornado con flotantes plumas sujetas con un broche de perlas.

Todo el retrato tiene una vibración colorista y una soltura de pincel que descubren algo nuevo en el artista que ya ha estudiado los lienzos venecianos de la colección real. Pero hay otro elemento que puede explicar la evidente distancia entre este retrato y los anteriores. Rubens se hallaba en Madrid desde septiembre de 1628 y permaneció allí hasta abril de 1629. Velázquez, según el testimonio de Pacheco, trabó muy estrecha amistad y le acompañó a El Escorial, donde admiraron juntos las obras allí reunidas por Felipe II. Seguramente las copias de Tiziano que Rubens realizó durante su estancia en Madrid y los retratos del Rey que pintó durante su visita, se harían en el obrador del pintor de Cámara y a la vista de Velázquez. No es difícil advertir que lo que hay de nuevo en este retrato es reflejo, si no directo, sí de cuanto pudo sugerir el gran maestro flamenco a Velázquez ante las obras del pintor veneciano, tan decisivo luego en su obra posterior.

Pero la presencia de Rubens será también decisiva para que Velázquez tome una decisión largamente deseada. Sus conversaciones con Rubens sirvieron «para excitar los deseos que siempre había tenido de pasar a Italia a ver, especular, y estudiar en aquellas eminentes obras y estatuas que son antorcha resplandeciente del arte», como dice Palomino. Apenas el pintor flamenco se ausentó de Madrid, Velázquez solicitó licencia para ir a Italia, lo que le fue automáticamente concedido y da ocasión a que se muestre un afecto especial del Rey hacia su pintor. No sólo ordena que durante su ausencia se le mantenga «la casa de aposento» y los gajes habituales, sino que se le dieron 400 ducados de plata para el viaje. Pacheco dice –y Palomino repite– que el Rey le había prometido muchas veces que iría a Italia y «cumplió su real palabra». También el Conde Duque le dio 200 ducados de oro y muchas cartas de favor, es decir, de recomendación para que se le abriesen puertas.

Estas cartas, o más bien las que enviaron los embajadores de las respectivas Cortes a que iban destinadas, nos proporcionan unas informaciones preciosas respecto a cómo veían los representantes de las Cortes de Italia las relaciones del Rey con su pintor. El Embajador de Parma, Flavio Atti, escribe a su duquesa, avisándole de la llegada del pintor de Cámara que lleva cartas de presentación. Pinta en la cámara del Rey, y Su Majestad: «muchas veces está viéndole pintar [...]. Dice él que va para mejorar en su profesión», pero advierte: «Digo yo, que va para espiar».

El Embajador de Toscana, Averardo Medici, escribe a su hermano, arzobispo de Pisa, avisándole de la visita de Velázquez, llamándolo «favorito [favorecido] del Rey y del Conde Duque» y dando instrucciones sobre cómo debe tratarse, y el Embajador de Venecia, Alvise Mocenigo, dice que el Conde Duque, por orden expresa del Rey, le ha procurado cartas de recomendación para que su pintor de Cámara pase a Italia para «ver y aprender las cosas de su profesión», y añade: «este pintor es joven y por lo que me parece no puede ser sospechosa su presencia en ésta»; dice después que le inspira confianza y cree que su paso por Italia y Venecia especialmente es para adquirir mayor pericia en su arte y ver las ciudades principales y sus cosas notables.



DIEGO VELÁZQUEZ, *Baltasar Carlos con su enano*. 1631. Óleo sobre lienzo.  
Boston, Museum of Fine Arts.

El viaje, que duró año y medio, de agosto de 1629 a mayo de 1631, fue fecundo en experiencias. Estuvo en Venecia, en Ferrara, donde fue huésped del cardenal Sacchetti, que había sido nuncio en España, en Cento, donde seguramente conoció al Guercino, en Loreto, lugar de peregrinación mariano, y en Roma, donde el Embajador de España, conde de Monterrey, le acogió, facilitó sus contactos y le abrió muchas puertas.

Bajó a Nápoles en noviembre de 1630 para retratar a la hermana del Rey, María, –que iba a casarse con el Rey de Hungría–, y cobrar unos dineros. En esta ocasión debió conocer a Ribera, que se hallaba en la cumbre de su fama e influencia. Podemos imaginar el interés que tuvo este encuentro, pues, en su primera juventud, en Sevilla, la pintura de Ribera fue decisiva para Velázquez.

La estancia italiana representa el salto a la madurez del artista sevillano. En Roma puede advertir el declive del naturalismo caravaggiesco y el auge de un clasicismo teñido de venecianismo, evocador de las glorias tizianescas, y es seguro que contacta con los artistas más prometedores: Poussin, Sacchi, Mola, etc.